

A 60 años de la Escuela Interamericana de Bibliotecología de la Universidad de Antioquia

Didier Álvarez Zapata

*Inventar el regreso del mundo
después de su desaparición,
e inventar un regreso a ese mundo
desde nuestra desaparición.
Y reunir las dos memorias
para juntar todos los detalles.
Hay que ponerle pruebas al infinito,
para ver si resiste*

Roberto Juarroz,* *Poesía vertical*, 22

Es 2016 a. C. Es la vieja ciudad de Uruk, en el terreno pantanoso, cálido y fértil de la ribera oriental del bajo Éufrates. Es un edificio de resguardo. Un hombre afanado busca las tabletas de barro en que fueron registradas las ventas de dos lotes de ganado que pastan cerca de algún trugal, propiedad del rey. En la corte, entre tanto, después de los relatos de la reciente y cruenta guerra que ha sellado el dominio de los nuevos territorios del norte, se narran por enésima vez las hazañas del rey-dios Gilgamesh. Ahora son tiempos de paz, quizás cortos días de paz, pero suficientes para que los escribanos reales, dueños del arcano de la escritura, puedan registrar estos acontecimientos en tabletas de arcilla fresca. Sus manos dirigen hábilmente pequeñas cuñas que hienden la masa dejando una estela de extraños símbolos que guardarán para la posteridad tanto los negocios ordinarios como las extraordinarias luchas de los guerreros trastornados.

Es 2016. Es una urbe colombiana. Ahora son los tiempos de una paz que se va pariendo entre las acantiladas divisiones de la opinión pública. Entretanto, la cotidianidad sigue su marcha: en un archivo se modela un valioso fondo de documentos electrónicos, mientras que en la red de bibliotecas públicas un grupo de bibliotecólogos orientan la digitalización de do-

cumentos impresos. Por todas partes, hechizados ciudadanos, maestros, científicos, niños, jóvenes, adultos usan sus tabletas de silicio. Ojos y dedos surcan la superficie lisa del artefacto, trayendo y deshaciendo en instantánea letras, formas, imágenes y sonidos.

Dos sociedades, dos épocas sumamente distantes y, sin embargo, fuertemente unidas por una misma necesidad: informarse; pero también por una materialidad informacional: el documento en sus muchas variedades; así como por una persistente necesidad social: conservar, organizar y difundir la memoria documental, y por una responsabilidad profesional: optimizar las prácticas documentales.

La archivística y la bibliotecología, si no todas las ciencias de la información, son hijas de la escritura, de esa prodigiosa invención nacida en la antigua Sumeria, quizás hacia el año 3500 a. C. Con la escritura se hizo posible registrar información y, por tanto, tener documentos que diesen cuenta, primeramente, de los hechos de comercio y los actos de gobierno; luego, de los ensueños y las quimeras de los hombres y de las vidas de los dioses. Tales documentos requirieron ser valorados, organizados y conservados en relación con sus orígenes y usos potenciales. Y entonces, tiempo después de los archivos, florecieron esplendorosas bibliotecas con base mineral (la Biblioteca de Nínive, de humilde arcilla), con base vegetal (las bibliotecas de los templos iniciáticos del antiguo Egipto, de noble papiro) y con base animal (la Biblioteca de Pérgamo, de suave piel). En esos tiempos, por cierto, se llevaría a cabo el más importante experimento de convergencia documental de la historia

antigua: la Biblioteca Alejandrina con sus casi 900.000 manuscritos, sus grandes salas de estudio y museos vivos con exóticos animales y plantas llegados de todas las regiones conocidas del mundo; espléndida obra iniciada en el siglo III a. C., que moriría largamente, entre los siglos I y IV, por la mano violenta, y a veces combinada, de griegos, romanos, judíos, cristianos y árabes.

La archivística, la bibliotecología, la documentación, y para algunos también la museología, son viejas hermanas en el interés común por el proceso de génesis, organización, conservación y uso social de la información documental. En esta lógica se entiende a los archivos, las bibliotecas, los centros de documentación y los museos como instituciones de los múltiples lenguajes y memorias de la humanidad. La información y el documento, vehículos de ello, se hacen por tanto asiento del trabajo profesional y del quehacer científico de los archivistas, los bibliotecólogos, los documentalistas, los museólogos y, contemporáneamente también, de los científicos de la información; todos, modernos alquimistas del dato, la información y el conocimiento.

Es en estos dominios donde la Escuela Interamericana de Bibliotecología de la Universidad de Antioquia ha ejercido por espacio de sesenta años su labor docente, investigativa y de extensión (apenas un parpadeo, claro, en la vasta historia documental de más de cinco milenios...). La Escuela es un proyecto gestado y alentado por la vocación social y la tradición crítica de una universidad pública como la nuestra; cuestión crucial si se considera que una concepción privada de la palabra y de la memoria, del lenguaje y la comunicación, de la información y el conocimiento reviste riesgos para el afianzamiento de asuntos tan cruciales para el país como la promoción de una democracia cultural, el despliegue de una educación

diversa e incluyente y la inserción, no subalterna, en una economía globalizada de la información. La información, al igual que todos los medios de producción, se ha tornado dispositivo de rentabilidad y acumulación, desigualdad y exclusión; es la nueva mercancía, el postrer objeto del poder. Por ello, es preciso el despliegue de una conciencia pública respecto de su ciclo de producción, organización y uso social.

En este sentido, y al recorrer el segundo medio de siglo de existencia, la Escuela entiende que el despliegue de su quehacer académico ha de asentarse en un programa científico pedagógico que comprenda, cada vez con mayor claridad, las coordenadas en las cuales se configuran sus objetos de conocimiento. No puede haber ciencia y educación que humanicen, si no tienen conciencia crítica, si no diseñan futuros de posibilidad y se desligan de los determinismos históricos. La Escuela asume que cada acto comprensivo del mundo debe ser una apuesta por un orden del conocimiento que busque la promoción humana y la superación de las muchas devastaciones que sufre. No tener acceso a información de alta calidad limita las posibilidades de construcción de conocimiento significativo y estratégicamente útil en relación con los desafíos sociales y políticos, condena a las personas a la privación, y a las sociedades a ser *infodependientes* respecto de la ciencia y la técnica de otros.

El compromiso de la Escuela Interamericana de Bibliotecología es apoyar el desarrollo de un proyecto social y político que se asiente en un poderoso sistema de lectura, información, ciencia e innovación para Colombia. Para ello, forma profesionales con conciencia del valor estratégico de la información, de la importancia del patrimonio documental para la memoria y la vida presente y futura de las comunidades, del potencial que tienen las culturas oral y escrita en sus múltiples relaciones con la imagen y lo virtual. "La Interamericana", como se le conoce en el contexto nacional



Sara Herrera. Sin título. Grafito sobre madera.
90 x 90 cm. 2013

e internacional, contribuye a la configuración de una bibliotecología con compromiso latinoamericano, al impulso de una archivística con base científica y de una ciencia de la información atenta a la discusión crítica del llamado *informacionalismo* contemporáneo.

Ciertamente, donde están sus egresados está la “Interamericana”. Se les puede encontrar en todos los lugares de Colombia y en algunos países latinoamericanos estimulando el desarrollo de los archivos, las bibliotecas y los centros de documentación; trabajando en redes profesionales y de investigación en los campos de la memoria y el patrimonio; impulsando la formación de usuarios de la información y de lectores voluntarios, y el perfeccionamiento de competencias informacionales y de uso y apropiación social de la información; desplegando estrategias de vigilancia tecnológica y medición de la ciencia; promoviendo políticas y planes de lectura, escritura y oralidad; o haciendo desarrollos en tecnologías para el manejo y uso de la información.

Los tiempos de la paz se apuntalan no solo en la decisión de los combatientes de dejar la violencia ilegal o la violencia legítima. Radican, ante todo, en el acuerdo por un diseño social que sea capaz de desactivar el distanciamiento fanático, la divergencia que invalida al otro, la prevención que oscurece el entendimiento y basa su fuerza en egocentrismos doctrinarios. Ser en paz, estar en paz, tener paz, aprender a estar juntos en el destino común de ser humanos, exige conocer, crear, recrear el mundo, y para esto el humilde aporte de las ciencias de la información no es otro que alentar el desarrollo de sistemas sociales de información y conocimiento, de lectura, escritura y oralidad, que habiliten a las personas para ejercer una ciudadanía activa y no sierva. Sin bibliotecas, sin archivos, sin centros de documentación, sin museos; es decir, sin memoria documental, sin espacios para la palabra oral y escrita, impresa y digital, no hay futuro para una sociedad como la colombiana. Aquí está la sexagenaria Escuela Interamericana de Bibliotecología, desde el seno de su querida Universidad de Antioquia, aportando a la consolidación de los ansiados tiempos de paz, poniendo “pruebas al infinito, para ver si resiste”.

Nota

- * Roberto Juarroz (Argentina, 1925-1995), reconocido como uno de los poetas latinoamericanos más importantes de la segunda mitad del siglo xx, fue Bibliotecólogo documentalista.

Didier Álvarez Zapata es Bibliotecólogo, Especialista en Pedagogía Social y Magíster en Ciencia Política. Profesor Asociado de la Escuela Interamericana de Bibliotecología. Universidad de Antioquia, participa de la Red Iberoamericana del Laboratorio Emilia de Formación. Escribió este artículo para *Agenda Cultural* con motivo de la celebración de los sesenta años de creación de la Escuela Interamericana de Bibliotecología de la Universidad de Antioquia. Correo: didier.alvarez@udea.edu.co.